

A black and white close-up portrait of Simone Weil. She is wearing round glasses and has dark, curly hair. Her expression is thoughtful and slightly somber. The lighting is soft, highlighting her features.

Simone Weil **Carta a  
un religioso**

Lectulandia

Jacques Maritain puso en contacto a Simone Weil con el dominico Jean Couturier, a quien visita en Nueva York en 1942. Poco después le escribe esta carta en la que le solicita un claro dictamen: «Voy a enumerarle cierto número de pensamientos que habitan en mí desde hace años (o al menos algunos) [...] Le pido una respuesta firme sobre la compatibilidad o incompatibilidad de cada una de estas opiniones con la pertenencia a la Iglesia».

Esta singular misiva, a la que el padre Couturier nunca respondió, está formada por treinta y cinco ideas y reflexiones, donde vuelve a apreciarse la condición de heterodoxa de Simone Weil en relación con la Iglesia oficial. La carta tiene todavía hoy un valor excepcional. No sólo como testimonio del rigor intelectual y moral de su autora y de su insobornable compromiso con la verdad, sino como expresión de la tensión que enfrenta a la autenticidad de una fe vivida radicalmente con la esclerotización del dogma.

**Lectulandia**

Simone Weil

# **Carta a un religioso**

ePub r1.0  
RLuII 25.12.15

Título original: *Lettre à un religieux*  
Simone Weil, 1942  
Traducción: María Tabuyo y Agustín López

Editor digital: RLull  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# La fe del ateísmo

(por Carlos Ortega)

La religión como fuente de consuelo  
constituye un obstáculo para la verdadera fe:  
en ese sentido, el ateísmo es una  
purificación. Debo ser atea en aquella parte  
de mí misma que no está hecha para Dios.  
De entre los hombres que no tienen  
despierta la parte sobrenatural de sí mismos,  
los ateos tienen razón y los creyentes se  
equivocan.

(Simone Weil, *La gravedad y la gracia*)

En 1942 Simone Weil llega a Nueva York con sus padres huyendo de la Francia ocupada por los nazis. La joven filósofa francesa pretende regresar a Europa cuanto antes para luchar junto a la Resistencia en su país o fuera de él, pero ese propósito no es fácil de cumplir para una mujer como ella, de aspecto más que frágil, y todavía habrá de pasar unos meses en los Estados Unidos antes de conseguir volar a Londres, donde trabajará hasta su muerte, medio año después, en los servicios administrativos de la Francia Libre. Las pocas semanas que pasa en Nueva York no son las de una espera pasiva mientras se arregla su viaje a Europa, sino que son continuación de la febril fase de pesquisas e indagaciones religiosas que había iniciado años antes y que se había avivado con el estallido de la guerra. Durante su estancia en Marsella en 1941, esa meditación alimentada de experiencias místicas, encuentros, conversaciones y lecturas empieza a enfriarse y a cuajar en la certeza de una imposibilidad: la de su adhesión a la Iglesia católica. Simone Weil acaba convencida de que no puede pertenecer a un cristianismo oficial que, como pensaba el poeta Giacomo Leopardi, «ha contribuido no poco a destruir la grandeza, la vitalidad y la variedad del mundo» (*Zibaldone*, 650), hasta el punto de concederle a esa certeza suya el estatuto de una vocación personal que la deja fuera de una institución como la Iglesia, que se atribuye la representación divina.

De estirpe judía y de formación agnóstica, Simone Weil recorre por sí sola el camino hacia los lugares más originales de la espiritualidad cristiana, pero el suyo no es un acercamiento teológico, es decir, científico, sino pasional, movido por un ansia de verdad. Ella siente lo religioso como un apetito, como un hambre. Y, llegado el momento de saciarlo, ve con disgusto los platos cocinados por la institución

eclesiástica durante siglos de apostolado y apología: «La Iglesia ha sido un gran animal totalitario. Fue la iniciadora de la manipulación de toda la historia de la humanidad con fines apologéticos» (*Cuadernos*, XI). En diversas ocasiones manifiesta una discrepancia radical respecto de la pretensión de la Iglesia de una universalidad y una pureza de sus dogmas, pero nunca alcanza a exponerla con el sistema y el orden con que aparecen en la *Carta a un religioso*. Este texto que Simone Weil envía al padre dominico Jean Couturier, con quien se ve en Nueva York en esas semanas previas a su regreso a Europa, es la expresión más metódica y razonada de todos los obstáculos que la apartan de la Iglesia. Pero supone además el establecimiento de una base para la realización de una tarea que cree obligado hacer, y que ya había enunciado en sus *Cuadernos*: «Nunca se ha hecho una limpieza filosófica de la religión católica», decía allí. «Para hacerla, habría que estar dentro y fuera de ella».

Aunque Simone Weil admite que las prácticas religiosas, los ritos y las ceremonias de carácter sacramental tienen como función la de permitir relacionarse amorosamente con Dios —lo cual la reconciliaría con la Iglesia—, siente que la percepción de la belleza del mundo, la compasión o la gratitud, por ejemplo, procuran una virtud que en todo puede sustituir a la de los sacramentos —lo cual iría en contradicción con la doctrina—. La *Carta a un religioso* se mueve, no obstante, en una duda aun mayor por la conciencia que claramente tiene de hallarse ella misma «al lado de todas las cosas que no tienen cabida en la Iglesia». Casi todas las tesis que la impiden abrazar el catolicismo provienen de la conducta histórica de la institución, pero también de un rechazo de la confesión cristiana como la única verdadera. Al equipararla en validez con otras confesiones que tuvieron la intuición de la figura de un mediador, lo que hace es manifestar su rechazo a cualquier tipo de tutela espiritual de naturaleza temporal o local. Al contrario, parece afirmar implícitamente la existencia de una religión que pervive en el curso de los tiempos y a lo largo de tradiciones diversas, de la filosofía de Heráclito y Pitágoras a las herejías cántara y maniquea, del taoísmo y el budismo a la cultura germánica o a san Juan de la Cruz, de las Upanishads y el *Bhagavad Gita* al folklore de todos los pueblos. El cristianismo y las demás religiones tan sólo poseen el carácter de «iniciaciones» para esa religión realmente abarcadora y universal, basada en la humildad y el anonimato, y no en el narcisismo y el orgullo.

Todas las objeciones son seguramente factibles a un texto como éste, pero no cabe despreciarlo por su riqueza extraordinaria en sugerencias e ideas que adelantan asuntos que son y serán siempre de actualidad, sobre todo porque lo dicta un espíritu que aspira a un infinito, que no resiste un marco, que tiene una visión mística de la unidad del mundo. Si Simone Weil se hubiera convertido al catolicismo, desde ese mismo instante hubiera pasado a ser una disidente por la fuerza ingobernable de su espiritualidad —ella sí universalista o católica—, nada sumisa a las componendas de una institución que busca crecer, pero también tener sometidos a sus fieles, una

institución de fuerza, que siempre basó su poder en una suerte de cohesión operada desde arriba con el instrumento del dogma y la amenaza de la excomuni3n. La espiritualidad de Simone Weil es de una pureza insobornable y, como si de una piedra de toque se tratara, deja en evidencia cualquier confesi3n por bien organizada que est3. Para ella, la fe pertenece al dominio de la mirada atenta, y no al de la afirmaci3n, la opini3n o la creencia. Por eso es capaz de escribir: «No creer en la inmortalidad del alma, sino contemplar la vida entera como algo destinado a preparar el instante de la muerte; no creer en Dios, sino amar siempre el universo como se ama una patria, aun desde la angustia del sufrimiento; 3se es el camino de la fe por la v3a del ate3smo. Esa fe es la misma fe que resplandece en las im3genes religiosas. Sin embargo, cuando se llega a ella por ese camino, las im3genes sobran» (*Cuadernos*, XI).

Como en todo cuanto escribe, Simone Weil busca con la *Carta a un religioso* respuestas. En este caso, se las pide directamente al sacerdote a quien dirige su texto. Jacques Maritain le hab3a puesto en contacto con 3l y, despu3s de unas cuantas entrevistas, Simone se hab3a atrevido a enviarle esta *Carta*. Deseaba saber si sus opiniones eran compatibles con la pertenencia a la Iglesia. Si no lo eran, como supon3a, tendr3a que quedarse fuera de la misma, pero eso significar3a, adem3s, que la Iglesia no era cat3lica o universal. Couturier no la contest3 nunca, ni volvi3 a ver jams3 a su autora. 3sta morir3 diez meses despu3s cerca de Londres con su fe de atea, con su sentimiento aconfesional. En 1951, Albert Camus public3 el texto en la colecci3n «Espoir» de Gallimard que 3l dirig3a.

## Carta a un religioso

...cuando leo el catecismo del concilio de Trento, me da la impresión de que no tengo nada en común con la religión que en él se expone. Cuando leo el Nuevo Testamento, los místicos, la liturgia, cuando veo celebrar la misa, siento con alguna forma de certeza que esa fe es la mía o, más exactamente, que sería la mía sin la distancia que entre ella y yo pone mi imperfección. Esto hace penosa la situación espiritual. Me gustaría que ésta fuese no menos penosa, pero sí más clara. Cualquier sufrimiento es aceptable en la claridad.

Voy a enumerarle cierto número de pensamientos que habitan en mí desde hace años (al menos algunos) y que constituyen un obstáculo entre yo misma y la Iglesia. No le pido que discuta el fondo. Me sentiría feliz con tal discusión, pero más adelante, en segundo lugar.

Le pido una respuesta firme —sin fórmulas tales como «en mi opinión», etc.— sobre la compatibilidad o incompatibilidad de cada una de estas opiniones con la pertenencia a la Iglesia. Si hay incompatibilidad, quisiera que me dijera usted claramente: negaría el bautismo (o la absolución) a cualquiera que manifestase su adhesión a las opiniones contenidas en las rúbricas número tal y tal. No pido una respuesta rápida. No hay urgencia. Pido solamente una respuesta categórica.

Pido disculpas por causarle esta molestia, pero no veo la forma de evitarla. La reflexión sobre estos problemas está lejos de ser un juego para mí. No solamente es de una importancia más que vital, pues la salvación eterna está comprometida ahí, sino que incluso es de una importancia que supera con mucho, a mis ojos, la de mi propia salvación. Una cuestión de vida o muerte es un juego en comparación con lo que aquí se plantea.

Entre las opiniones que voy a exponer, algunas son dudosas para mí; pero en el caso de que fuera de fe estricta estimarlas falsas, constituyen para mí un obstáculo tan serio como las otras, pues tengo la convicción firme de que son dudosas, es decir, de que no es legítimo negarlas categóricamente.

Algunas de mis opiniones (especialmente las que conciernen a los Misterios, las Escrituras no judeocristianas, Melquisedec, etc.) no han sido nunca condenadas, aun habiendo sido probablemente sostenidas en los primeros siglos. Esto me lleva a preguntarme si no habrán sido tácitamente aceptadas. Como quiera que sea, si hoy fueran públicamente expuestas por mí o por otras personas y condenadas por la Iglesia, no las abandonaré a menos que se me convenciera de que son falsas.

Pienso en estas cosas desde hace años con toda la intensidad del amor y la atención de que dispongo. Esta intensidad es miserablemente débil, pues mi imperfección es muy grande; pero tengo la impresión de que va siempre en aumento. A medida que crece, los lazos que me unen a la fe católica se hacen cada vez más



fuertes, están cada vez más profundamente enraizados en el corazón y la inteligencia. Pero, al mismo tiempo, los pensamientos que me alejan de la Iglesia ganan también en fuerza y claridad. Si estos pensamientos fueran realmente incompatibles con la pertenencia a la Iglesia, apenas habría esperanza, pues, de que pudiera alguna vez participar de los sacramentos. De ser así, no veo cómo evitar la conclusión de que mi vocación es ser cristiana fuera de la Iglesia. La posibilidad de tal vocación implicaría que la Iglesia no es tan católica de hecho como lo es de nombre, y que deberá serlo algún día, si está destinada a cumplir su misión.

Las opiniones que siguen tienen para mí grados diversos de probabilidad o de certidumbre, pero todas van acompañadas en mi espíritu de un margen de interrogación. Si las expreso en indicativo es sólo por la pobreza del lenguaje; necesitaría que la conjugación contuviera un modo suplementario. En el dominio de las cosas santas, nada afirmo categóricamente. Pero aquellas de mis opiniones que son conformes a la enseñanza de la Iglesia están igualmente acompañadas en mi espíritu del mismo margen de interrogación.

Considero que una cierta suspensión del juicio respecto a todos los pensamientos, cualesquiera que sean, sin excepción, constituye la virtud de la humildad en el dominio de la inteligencia.

He aquí la lista:

1.º Si se toma un momento de la historia anterior a Cristo y suficientemente alejado de él —alejado, por ejemplo, en cinco siglos— y se hace abstracción de la continuación, en ese momento Israel está más apartado de Dios y de las verdades divinas que varios pueblos del entorno (India, Egipto, Grecia, China). Pues la verdad esencial relativa a Dios es que él es bueno. Creer que Dios puede ordenar a los hombres actos atroces de injusticia y crueldad es el mayor error en que pueda incurrirse respecto a él.

Zeus, en la *Ilíada*, no ordena ninguna crueldad. Los griegos creían que «Zeus suplicante» habita en todo desdichado que implora piedad. Yahvé es el «Dios de los ejércitos». La historia de los hebreos demuestra que los ejércitos no aluden solamente a los cielos sino también a los guerreros de Israel. Ahora bien, Herodoto enumera una gran cantidad de pueblos helénicos y asiáticos de los cuales *sólo uno* tenía un «Zeus de los ejércitos». Esta blasfemia era desconocida por todos los demás. El *Libro de los muertos* egipcio, de tres mil años al menos de antigüedad, probablemente mucho más, está impregnado de caridad evangélica. El muerto dice a Osiris: «Señor de la Verdad, te traigo la verdad... He destruido el mal para ti... No he matado a nadie. No he hecho llorar a nadie. No he dejado que nadie pasase hambre. Jamás he incitado a que un amo hiciera daño a su esclavo. Jamás he causado temor a ningún hombre. Nunca he hecho altiva mi voz. Nunca he sido sordo a palabras justas y verdaderas. No he antepuesto mi nombre para recibir honores. No he rechazado a Dios en sus

manifestaciones...».

Los hebreos, que estuvieron cuatro siglos en contacto con la civilización egipcia, se negaron a adoptar este espíritu de dulzura. Querían poder...

Todos los textos anteriores al exilio, en mi opinión, están manchados con este error fundamental sobre Dios —excepto el libro de Job, cuyo protagonista no es judío, el *Cantar de los Cantares* (pero ¿es realmente anterior al exilio?), y algunos salmos de David (pero ¿es segura la atribución?). Por otra parte, el primer personaje perfectamente puro que aparece en la historia judía es Daniel (que fue iniciado a la sabiduría caldea). La vida de todos los demás, comenzando por Abraham, está marcada con cosas atroces (Abraham empieza por prostituir a su mujer).

Esto llevaría a pensar que Israel ha tomado la verdad más esencial concerniente a Dios (a saber, que Dios es bueno antes de ser poderoso) de las tradiciones extranjeras, caldea, persa o griega, gracias al exilio.

2.º Lo que llamamos idolatría es en gran medida una ficción del fanatismo judío. Todos los pueblos de todos los tiempos han sido siempre monoteístas. Si los hebreos de aquella época resucitaran, y si les dieran armas, nos exterminarían a todos, hombres, mujeres y niños, por el crimen de idolatría. Nos reprocharían adorar a Baal y Astarté, tomando a Cristo por Baal y a la Virgen por Astarté.

Recíprocamente, Baal y Astarté eran quizá figuras de Cristo y de la Virgen.

Se reprocha con razón a algunos de estos cultos los excesos que los acompañaban, pero, en mi opinión, tales excesos eran mucho más raros de lo que hoy se piensa.

Pero las crueldades ligadas al culto de Yahvé, los exterminios ordenados por él, son manchas al menos tan atroces. La crueldad es un crimen todavía más espantoso que la lujuria. La lujuria, además, se satisface tanto en el asesinato como en la unión carnal.

Los sentimientos de los supuestos paganos hacia sus estatuas eran muy probablemente los mismos que los inspirados actualmente por los crucifijos y las imágenes de la Virgen y los santos, con las mismas desviaciones entre las gentes espiritual e intelectualmente mediocres.

¿No se atribuye corrientemente determinadas virtudes sobrenaturales a ciertas imágenes de la Virgen?

Aun cuando creyeran que la divinidad estaba totalmente presente en la piedra o en la madera, tenían quizá razón. ¿No creemos que Dios está presente en el pan y el vino? Había quizá presencia real de Dios en las estatuas realizadas y consagradas según unos determinados ritos.

La verdadera idolatría es la codicia (*πλεονεχία ητις εστιν ειδολολατρεια*, Col 3,5), y la nación judía, en su sed de bien carnal, era culpable de codicia precisamente en los momentos en que adoraba a su Dios. Los hebreos han tenido como ídolo, no uno de metal o madera, sino una raza, una nación, algo también

completamente terrestre. Su religión es, en esencia, inseparable de esa forma de idolatría, debido a la idea de «pueblo elegido».

3.º Las ceremonias de los misterios de Eleusis y Osiris eran consideradas sacramentos en el sentido en que hoy lo entendemos. Y *quizá* eran verdaderos sacramentos, con la misma virtud que el bautismo o la eucaristía, obteniendo esta virtud de la misma relación con la Pasión de Cristo. La Pasión estaba por venir. Hoy es el pasado. El pasado y el porvenir son simétricos. La cronología no puede tener un papel determinante en una relación entre Dios y el hombre, una relación en la que uno de sus términos es eterno.

Si la Redención, con los signos y los medios sensibles que le corresponden, no hubiera estado presente en la tierra desde el origen, no se podría perdonar a Dios —si está permitido hablar en estos términos sin blasfemia— la desdicha de tantos inocentes, desenraizados, sometidos, torturados y condenados a muerte en el curso de los siglos anteriores a la era cristiana. Cristo está presente en esta tierra, a menos que los hombres lo expulsen, allí donde hay crimen y desdicha. Sin los efectos sobrenaturales de esta presencia, ¿cómo los inocentes aplastados por la desdicha podrían evitar el crimen de maldecir a Dios y, en consecuencia, la condenación?

Por otra parte, san Juan habla del «Cordero que fue degollado desde la fundación del mundo».

La prueba de que el contenido del cristianismo existía antes de Cristo es que no ha habido desde entonces cambios muy considerables en el comportamiento de los hombres.

4.º Ha habido, *quizá*, en diversos pueblos (India, Egipto, China, Grecia) Escrituras sagradas reveladas al mismo título que las Escrituras judeocristianas. Algunos de los textos que subsisten hoy son quizá fragmentos o ecos de las mismas.

5.º Los pasajes de la Escritura (*Génesis*, *Salmos*, san Pablo) relativos a Melquisedec prueban que desde el alba de Israel existía, fuera de Israel, un servicio de Dios y un conocimiento de Dios situados en el mismo plano del cristianismo e infinitamente superiores a todo lo que jamás haya poseído Israel.

Nada prohíbe suponer un vínculo entre Melquisedec y los misterios antiguos. Hay afinidad entre el pan y Deméter, entre el vino y Dioniso.

Melquisedec es aparentemente, según el *Génesis*, un rey de Canaán. Así, pues, probablemente la corrupción y la impiedad de las ciudades de Canaán, o no databan más que de algunos siglos en el momento de las matanzas, o eran invenciones calumniosas de los hebreos contra sus víctimas.

6.º El pasaje de san Pablo sobre Melquisedec, cotejado con la frase de Cristo «Abraham ha visto mi día», podría incluso indicar que Melquisedec era ya una Encarnación del Verbo.

En todo caso, no es cierto que el Verbo no haya tenido encarnaciones anteriores a Jesús, y que Osiris en Egipto y Krishna en India no hayan estado entre ellas.

7.º Si Osiris no es un hombre que haya vivido sobre la tierra siendo al mismo tiempo Dios, de la misma manera que Cristo, entonces la historia de Osiris es al menos una profecía infinitamente más clara, más completa y más próxima a la verdad que todo lo que se denomina con este nombre en el Antiguo Testamento. Lo mismo puede decirse de otros dioses muertos y resucitados.

La gran importancia que *actualmente* tiene este problema radica en que se hace urgente remediar el divorcio que existe desde hace veinte siglos y que se agrava sin cesar entre la civilización profana y la espiritualidad en los países cristianos. Nuestra civilización no debe nada a Israel y muy poca cosa al cristianismo; casi todo lo debe a la antigüedad pre-cristiana (germanos, druidas, romanos, griegos, egeocretenses, fenicios, egipcios, babilonios...). Si hay una separación nítida entre esta antigüedad y el cristianismo, la misma separación existe entre nuestra vida profana y nuestra vida espiritual. Para que el cristianismo se encarne verdaderamente, para que la inspiración cristiana impregne la vida entera, es preciso reconocer antes que históricamente nuestra civilización profana procede de una inspiración religiosa que, aunque cronológicamente pre-cristiana, era cristiana en su esencia. La Sabiduría de Dios debe ser contemplada como el trayecto único de toda luz en este mundo, incluso las débiles luces que iluminan las cosas de este mundo.

Y otro tanto por lo que hace a Prometeo. La historia de Prometeo es la historia misma de Cristo proyectado en lo eterno. No falta ahí más que la localización en el tiempo y en el espacio.

La mitología griega está llena de profecías. Lo mismo ocurre con los relatos del folclore europeo, con lo que se llama los cuentos de hadas.

En realidad, muchos nombres de divinidades griegas son probablemente nombres que designan a una sola Persona divina, a saber, el Verbo. Pienso que es el caso de Dioniso, Apolo, Artemisa, Afrodita celeste, Prometeo, el Amor, Proserpina y algunos más.

Creo también que Hestia, Atenea y quizá Hefestos son nombres del Espíritu Santo. Hestia es el fuego central. Atenea salió de la cabeza de Zeus después que éste hubiera devorado a su esposa, la Sabiduría, que estaba encinta; «procede», pues, de Dios y de su Sabiduría. Tiene como atributo el olivo, y el aceite, en los sacramentos cristianos, tiene afinidad con el Espíritu Santo.

Se comentan por lo común ciertos actos o palabras de Cristo diciendo: «Para que se cumpliera la Escritura». Se trata de profecías hebreas. Pero otros actos, otras palabras podrían ser comentadas igualmente en relación con profecías no hebreas.

Cristo comenzó su vida pública transformando el agua en vino. La terminó transformando el vino en sangre. Señaló así su afinidad con Dioniso. También por medio de la expresión: «Yo soy la vid verdadera».

Las palabras «si el grano no muere» expresan su afinidad con las divinidades muertas y resucitadas que tenían a la vegetación por imagen, como Atis y Proserpina.

La maternidad de la Virgen tiene relaciones misteriosas con un pasaje del *Timeo* de Platón concerniente a una cierta esencia, madre de todas las cosas y perpetuamente intacta. Todas las diosas madres de la antigüedad, como Deméter o Isis, eran figuras de la Virgen.

La comparación —tan insistente— de la Cruz con el árbol, de la crucifixión con la horca, debe tener relación con mitologías hoy desaparecidas.

Si el poema escandinavo *La runa de Odín* es anterior a toda contaminación cristiana (cosa inverificable), contiene también una profecía significativa:

«Yo sé que he colgado de un árbol balanceado por el viento, durante nueve noches enteras, herido por una lanza, ofrecido a Odín, yo mismo a mí mismo, en aquel árbol cuyas raíces nadie conoce».

«Nadie me ha dado pan, ni me ha ofrecido un cuerno para beber en él. He mirado hacia abajo, he observado las runas, llorando las he fijado en la memoria y luego he bajado de allí» (Primera Edda).

La expresión «Cordero de Dios» sin duda está relacionada con tradiciones que quizá tengan vínculos con lo que hoy se llama totemismo. La historia de Zeus Ammón en Herodoto (Zeus degollando un carnero para mostrarse a quien le suplica se deje ver recubierto de su vellón), comparada con la expresión de san Juan «el Cordero que fue degollado desde la fundación del mundo», proyecta sobre ella una intensa luz. El primer sacrificio que haya complacido a Dios, el de Abel, recordado en el canon de la misa como figura de Cristo, era un sacrificio animal. Y lo mismo el de Noé, que salvó definitivamente a la humanidad de la cólera de Dios y suscitó un pacto de Dios con los hombres. Son éstos los efectos de la Pasión de Cristo. Hay una misteriosa relación entre ambos.

Se debió pensar en tiempos muy antiguos que hay una presencia real de Dios en los animales a los que se da muerte para comer; que Dios desciende a ellos para ofrecerse como alimento a los hombres. Este pensamiento hace del alimento animal una comunión, mientras que de otro modo es un crimen, al menos desde una filosofía más o menos cartesiana<sup>[1]</sup>.

Puede ser que en Tebas, en Egipto, hubiera presencia real de Dios en el carnero ritualmente sacrificado, como hoy en la hostia consagrada.

Vale la pena subrayar que en el momento en que Cristo fue sacrificado, el sol estaba en la constelación de Aries.

Platón, en el *Timeo*, describe la configuración astronómica del universo como una especie de crucifixión del Alma del Mundo, siendo la intersección el punto equinoccial, es decir, la constelación de Aries.

Varios textos (*Epinomis*, *Timeo*, *El Banquete*, *Filolaos*, *Proclo*) indican que la construcción geométrica de la media proporcional entre un número y la unidad, centro de la geometría griega, era el símbolo de la mediación divina entre Dios y el

hombre.

Ahora bien, gran número de sentencias de Cristo recogidas en los Evangelios (sobre todo por san Juan) tienen, con una insistencia tan marcada que debe ser forzosamente intencionada, la forma algebraica de la media proporcional. Por ejemplo: «Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío, etc.». La misma relación que une al Padre con Cristo, une a Cristo con los discípulos. Cristo es la media proporcional entre Dios y los santos. La palabra misma de mediación lo indica.

Concluyo de todo ello que así como Cristo se reconoció en el Mesías de los *Salmos*, en el justo sufriente de Isaías, en la serpiente de bronce del *Génesis*, también se reconoció en la media proporcional de la geometría griega, la cual se transforma entonces en la más brillante de las profecías.

Ennio, en un escrito pitagórico, afirmaba: «Se llama Proserpina a la luna... porque, *como una serpiente*, se vuelve ora hacia la izquierda, ora hacia la derecha».

Todos los dioses mediadores, asimilables al Verbo, son dioses lunares, portadores de cuernos, de liras o de arcos que evocan el creciente de la luna (Osiris, Artemisa, Apolo, Hermes, Dioniso, Zagreo, el Amor...). Prometeo es la excepción, pero en Esquilo Io le sirve de contrapeso, condenada al vagabundeo perpetuo y, como él, a la crucifixión; y tiene cuernos. (Piénsese que antes de ser crucificado, Cristo era un vagabundo, y Platón describe al Amor como un vagabundo miserable).

Si el Sol es la imagen del Padre, la Luna, reflejo perfecto del esplendor solar, pero reflejo que es posible contemplar y que sufre la disminución y la desaparición, es la imagen del Hijo. La luz es, entonces, la del Espíritu.

Heráclito tenía una Trinidad, que se adivina solamente a través de los fragmentos que de él nos quedan, pero que aparece claramente en el *Himno a Zeus* de Cleanto, de inspiración heraclítica. Las Personas son: Zeus, el Logos y el Fuego divino o Rayo.

Cleanto dijo a Zeus: «Este universo *consiente* la dominación (ἔχο κρατεῖται) — Tal es la virtud del servidor que tienes en tus manos invisibles — De fuego, de doble filo, eternamente vivo, el rayo». El rayo no es un instrumento de coacción sino un fuego que suscita el consentimiento y la obediencia voluntaria. Es, pues, el Amor. Y este Amor es un servidor, eternamente viviente, por tanto una Persona. Las representaciones tan antiguas de Zeus con un hacha de doble filo (símbolo del rayo), en los bajorrelieves cretenses, tenían quizá ya este significado. (Piénsese en el «doble filo» de la frase de Cristo: «No he venido a traer la paz sino la espada»).

El Fuego es constantemente símbolo del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento.

Los estoicos, herederos de Heráclito, llamaban πνευμα al fuego cuya energía sostiene el orden del mundo. *Pneuma* es un hálito ígneo.

El semen que produce la generación carnal era, según ellos y según los pitagóricos, un *pneuma* mezclado con líquido.

Las palabras de Cristo sobre el nuevo nacimiento —y, en consecuencia, todo el simbolismo del bautismo— deben compararse, para comprenderlas correctamente, a las concepciones pitagórica y estoica de la generación. Por otra parte, creo que es

Justino quien compara el bautismo con la generación. Teniendo esto en cuenta, la frase órfica: «Cabrito, has caído en leche» debe quizá compararse con el bautismo (los antiguos consideraban que la leche estaba hecha de la semilla del padre).

La célebre frase «el gran Pan ha muerto» quería quizá anunciar, no la desaparición de la idolatría, sino la muerte de Cristo, siendo Cristo el gran Pan, el gran Todo. Platón (*Cratilo*) dice que Pan es el «logos». En el *Timeo* da este nombre al Alma del Mundo.

San Juan, sirviéndose de las palabras «Logos» y «Pneuma», indica la profunda afinidad que une al estoicismo griego (que debe diferenciarse del de Catón y Bruto) con el cristianismo.

Platón también conocía claramente, y lo ha indicado por alusiones en sus obras, los dogmas de la Trinidad, la Mediación, la Encarnación, la Pasión y las ideas de gracia y salvación por amor. Conoció la verdad esencial, a saber, que Dios es el Bien. No es Omnipotencia más que por añadidura.

Al decir: «He venido a arrojar fuego sobre la tierra, y ¿qué más puedo desear si el incendio ya ha prendido?», Cristo indicó su afinidad con Prometeo.

Su frase «Yo soy el Camino» debe ser comparada con el Tao chino, palabra que quiere decir literalmente el camino, la vía, y, metafóricamente, por una parte, el método de salvación, por otra, el Dios impersonal que es el de la espiritualidad china, pero que, aunque impersonal, es el modelo de los sabios y actúa incesantemente.

Su frase «Yo soy la Verdad» hace pensar en Osiris, Señor de la Verdad.

Cuando dice en una de sus sentencias más importantes, «aquellos que hacen la verdad» (ποιουντες αληθειαν), emplea una expresión que no es griega y, que yo sepa, tampoco hebrea (esto debería ser verificado). Es, por el contrario, egipcia. Maât quiere decir a la vez justicia y verdad. Esto es significativo. No fue por casualidad que la Sagrada Familia se dirigiera a Egipto.

El bautismo entendido como una muerte es el equivalente a las iniciaciones antiguas. San Clemente Romano emplea la palabra «iniciado» para bautizado. El empleo del término «misterios» para designar los sacramentos indica la misma equivalencia. El baptisterio circular se parece mucho al estanque de piedra en el que, según Herodoto, se celebraba el misterio de la pasión de Osiris. Uno y otro, quizá, evocan el mar, ese mar en el que flotaban las arcas de Noé y de Osiris, madera que salvó a la humanidad antes de que lo hiciera la de la Cruz.

Cantidad de relatos de la mitología y el folclore podrían ser traducidos a verdades cristianas sin forzar ni deformar nada, proyectando sobre ellos, por el contrario, una vivida luz. Y también esas verdades se encontrarían iluminadas.

8.º Siempre que un hombre ha invocado con un corazón puro a Osiris, Dioniso, Krishna, Buda, el Tao, etc., el Hijo de Dios ha respondido enviándole el Espíritu Santo. Y el Espíritu ha actuado sobre su alma, no instándole a abandonar su tradición religiosa, sino dándole la luz —y en el mejor de los casos la plenitud de la luz— en el

interior de esa misma tradición.

La oración entre los griegos se parecía mucho a la oración cristiana. Cuando Esquilo dice en *Las ranas* de Aristófanes: «Deméter, tú que has alimentado mi pensamiento, ¡haz que sea digno de tus misterios!», estas palabras se parecen mucho a una oración a la Virgen, y debían tener la misma virtud. Esquilo describe perfectamente la contemplación en versos espléndidos: «Cualquiera que con el pensamiento vuelto hacia Zeus grite su gloria, ése recibirá la plenitud de la sabiduría». (Conocía la Trinidad: «...junto a Zeus están su acto y su palabra»).

Así, pues, es inútil enviar misiones para conseguir que las gentes de Asia, África u Oceanía entren en la Iglesia.

9.º Cuando Cristo dijo: «Enseñad a todas las naciones y llevadles la noticia», ordenaba transmitir una noticia, no una teología. Habiendo venido, según él mismo decía, «solamente para los corderos de Israel», añadió esta noticia a la religión de Israel.

Probablemente deseaba que cada apóstol añadiera de igual modo la buena noticia de la vida y de la muerte de Cristo a la religión del país en que se encontrara. Pero la orden ha sido mal comprendida por el inextirpable nacionalismo de los judíos. Éstos han tenido que imponer en todas partes su Escritura.

Si se piensa que hay mucha presunción en suponer que los apóstoles comprendieron mal las órdenes de Cristo, respondería que es completamente seguro que hubo incompreensión por su parte sobre ciertos puntos. Pues después de que Cristo resucitado hubiera dicho «Id y enseñad a las naciones (o a los gentiles) y bautizad», después de que hubiera pasado cuarenta días con los discípulos revelándoles su doctrina, Pedro tuvo, sin embargo, necesidad de una revelación especial y de un sueño para decidirse a bautizar a un pagano; tuvo que invocar aquel sueño para explicar su acción a los que estaban con él; y Pablo tuvo grandes dificultades para prescindir de la circuncisión.

Por otra parte, está escrito que al árbol se le juzga por los frutos. La Iglesia ha producido demasiado frutos malos como para pensar que no ha habido un error de partida.

Europa ha sido espiritualmente desenraizada, separada de esa antigüedad en la que tienen su origen todos los elementos de nuestra civilización; y se ha dedicado a desenraizar a los demás continentes a partir del siglo XVI.

El cristianismo, después de veinte siglos, no ha salido prácticamente de la raza blanca; el catolicismo es todavía mucho más restringido. América ha estado dieciséis siglos sin oír hablar de Cristo (sin embargo san Pablo había dicho: la noticia que ha sido anunciada a *toda* la creación) y sus pueblos han sido destruidos en medio de las más horribles crueldades antes de haber podido conocerle. El celo de los misioneros no ha cristianizado África, Asia y Oceanía, pero ha puesto esos territorios bajo la dominación fría, cruel y destructora de la raza blanca, que lo ha aplastado todo.



Sería extraño que la palabra de Cristo hubiera producido tales efectos si se hubiera entendido bien.

Cristo dijo: «Enseñad a las naciones y bautizad a los que creen», es decir, a aquellos que creen en Él. Nunca dijo: «Obligadles a renegar de todo lo que sus padres han tenido por sagrado y a adoptar como libro sagrado la historia de un pequeño pueblo desconocido por ellos». Se me ha dicho que los hindúes de ningún modo se verían impedidos por su propia tradición a recibir el bautismo, si los misioneros no les impusieran como condición renegar de Vishnú y Shiva. Si un hindú cree que Vishnú es el Verbo y Shiva el Espíritu Santo, y que el Verbo se ha encarnado en Krishna y en Rama antes de serlo en Jesús, ¿con qué derecho se le negaría el bautismo? Del mismo modo, en la querrela entre los jesuitas y el Papado sobre las misiones en China, son los jesuitas los que cumplían la palabra de Cristo.

10.º La acción misionera tal como de hecho se desarrolla (sobre todo desde la condena de la política de los jesuitas en China en el siglo XVII), es mala, salvo quizá en casos particulares. Los misioneros, aunque puedan ser mártires, van acompañados demasiado de cerca por los cañones y los barcos de guerra como para poder ser verdaderos testigos del Cordero. No he tenido conocimiento de que la Iglesia haya censurado nunca de forma oficial las acciones punitivas emprendidas para vengar a los misioneros.

Personalmente, jamás daría ni veinte céntimos para una obra misionera. Creo que el cambio de religión es para cualquier ser humano algo tan peligroso como para un escritor el cambio de lengua. Puede salir bien, pero también tener consecuencias funestas.

11.º La religión católica contiene explícitamente verdades que otras religiones contienen implícitamente. Pero, recíprocamente, otras religiones contienen explícitamente verdades que solamente están implícitas en el cristianismo. El cristiano mejor instruido puede aprender mucho de las cosas divinas en otras tradiciones religiosas, por más que la luz interior pueda también llevarle a percibirlo todo a través de la suya. En cualquier caso, si estas otras tradiciones desaparecen de la faz de la tierra, sería una pérdida irreparable. Los misioneros ya han hecho desaparecer demasiado.

San Juan de la Cruz compara la fe a los reflejos de la plata, siendo la verdad el oro. Las diversas tradiciones religiosas auténticas son reflejos diferentes de la misma verdad, y quizá igualmente valiosas. Pero no nos damos cuenta, porque cada cual vive una sola de esas tradiciones y percibe las otras como algo que está fuera. Ahora bien, como los católicos repiten sin cesar, y con razón, a los increyentes, una religión sólo se conoce desde dentro.

Es como si dos hombres, situados en dos habitaciones comunicadas, viendo cada uno el sol por la ventana y el muro del vecino iluminado por los rayos, creyeran cada

uno de ellos que son el único en ver el sol mientras que el vecino sólo puede ver su reflejo.

La Iglesia reconoce que la diversidad de las vocaciones es sumamente valiosa. Es preciso extender esta idea a las vocaciones situadas fuera de la Iglesia. Porque las hay.

12.º Como dicen los hindúes, Dios es a la vez personal e impersonal. Es impersonal en el sentido de que su forma infinitamente misteriosa de ser una Persona difiere infinitamente de la forma humana. No se puede captar este misterio más que empleando a la vez, como dos pinzas, estas dos ideas contrarias, incompatibles en este mundo, compatibles solamente en Dios. (Lo mismo sucede con muchos pares de contrarios, como los pitagóricos lo habían entendido).

No se puede pensar a Dios al mismo tiempo, no sucesivamente, como tres y uno (cosa a la que pocos católicos llegan) si no es pensándolo a la vez como personal e impersonal. De otro modo se lo representa, bien como una sola Persona divina, bien como tres Dioses. Muchos cristianos confunden esta oscilación con la verdadera fe.

Santos de una muy elevada espiritualidad, como san Juan de la Cruz, han captado simultáneamente y con una misma fuerza el aspecto personal y el aspecto impersonal de Dios. Almas menos avanzadas llevan su atención y su fe fundamental o exclusivamente sobre uno de estos dos aspectos. Así, por ejemplo, santa Teresa de Lisieux no se representaba más que un Dios personal.

Puesto que en Occidente la palabra Dios, en su sentido habitual, designa una Persona, aquellos seres humanos cuyo interés, fe y amor se dirigen casi exclusivamente al aspecto impersonal de Dios pueden creerse y decirse ateos, aunque el amor sobrenatural habite en su alma. Ésos son, sin duda, salvados.

Se reconocen por su actitud respecto a las cosas de este mundo. Todos los que poseen en estado puro el amor al prójimo y la aceptación del orden del mundo, incluida la desdicha, todos esos, aunque vivan y mueran aparentemente ateos, son, sin duda, salvados.

Aquellos que poseen perfectamente estas dos virtudes, aun cuando vivan y mueran ateos, son santos.

Cuando uno se encuentra con tales personas es inútil pretender convertirlas. Están convertidos, aunque no lo estén visiblemente; han sido engendrados de nuevo a partir del agua y el espíritu, aun cuando nunca hayan sido bautizados; han comido el pan de vida, aunque nunca hayan comulgado.

13.º La caridad y la fe, aunque distintas, son inseparables. Las dos formas de la caridad lo son todavía más. Cualquiera que sea capaz de un movimiento de compasión pura hacia un desdichado (cosa por otra parte muy rara) posee, quizá implícitamente, pero siempre realmente, el amor a Dios y la fe.

Cristo no salva a todos aquellos que le dicen: «Señor, Señor». Salva a todos

aquellos que con corazón puro dan un trozo de pan a un hambriento, sin pensar en él en absoluto. Cuando él les dé las gracias, ellos responderán: «¿Cuándo, Señor, te dimos de comer?».

Pues la afirmación de santo Tomás según la cual quien niega su adhesión a un solo artículo de fe no tiene fe en ningún grado, es falsa, a menos que pueda establecerse que los heréticos no han tenido jamás caridad para con el prójimo. Pero sería difícil afirmar esto. Hasta donde sabemos, los «perfectos» cátaros, por ejemplo, la poseían en un grado excepcional entre los santos.

Si se pretendiera que el diablo produce entre los heréticos la apariencia de tales virtudes para seducir mejor a las almas, se iría contra la sentencia: «Por sus frutos conoceréis el árbol»; se razonaría exactamente como aquellos que miraban a Cristo como un ser demoníaco, y se estaría quizá muy cerca de cometer el pecado sin perdón, la blasfemia contra el Espíritu.

De igual forma, un ateo o un «infiel» que sean capaces de compasión pura, están tan próximos a Dios como un cristiano y en consecuencia le conocen igualmente, aunque sus conocimientos se expresen mediante otras palabras, o queden en silencio. Pues «Dios es amor». Y retribuye a quienes le buscan y da la luz a quienes se le acercan, sobre todo si anhelan la luz.

14.º San Juan dijo: «Cualquiera que crea que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios». Pues cualquiera que crea eso, incluso si no suscribiere nada más de lo que afirma la Iglesia, tiene la verdadera fe. Por eso, santo Tomás está completamente equivocado. Además la Iglesia, añadiendo a la Trinidad, la Encarnación y la Redención otros artículos de fe, ha ido contra el Nuevo Testamento. De seguir a san Juan, no habría debido excomulgar más que a los «docetas», aquellos que niegan la Encarnación. La definición de fe del catecismo del concilio de Trento (creencia firme en todo lo que enseña la Iglesia) está muy lejos de la de san Juan, para quien la fe era pura y simplemente la creencia en la Encarnación del Hijo de Dios en la persona de Jesús.

Parece como si con el tiempo se hubiera ido viendo no ya a Jesús, sino a la Iglesia como Dios encarnado en este mundo. La metáfora del «cuerpo místico» sirve de puente entre las dos concepciones. Pero hay una pequeña diferencia: Cristo era perfecto, mientras que la Iglesia está manchada por cantidad de crímenes.

La concepción tomista de la fe implica un «totalitarismo» tan asfixiante o más que el de Hitler. Pues si el espíritu suscribe completamente no sólo todo lo que la Iglesia ha reconocido como de fe estricta, sino también todo lo que reconocerá alguna vez como tal, la inteligencia debe ser amordazada y reducida a tareas serviles.

La metáfora del «velo» o del «reflejo» aplicada por los místicos a la fe les permite salir de este punto muerto. Aceptan la enseñanza de la Iglesia, no como la verdad, sino como algo detrás de lo cual se encuentra la verdad. Esto está muy lejos de la fe definida por el catecismo del concilio de Trento. Es como si bajo la misma

denominación de cristianismo, y en el interior de la misma organización social, hubiera dos religiones distintas, la de los místicos y la otra.

Yo pienso que la verdadera es la primera, y que la confusión de ambas ha tenido a la vez grandes ventajas y grandes inconvenientes.

Según la frase de san Juan, la Iglesia nunca ha tenido derecho a excomulgar a cualquiera que creyera verdaderamente que Cristo era el Hijo de Dios encarnado en este mundo.

La definición de san Pablo es más amplia todavía: «Crear que Dios existe y retribuye a quienes le buscan». Esta concepción no tiene ya nada en común con la de santo Tomás y el concilio de Trento. Existe incluso contradicción. Pues ¿cómo atreverse a afirmar que entre los herejes nunca ha habido nadie que buscase a Dios?

15.º Los samaritanos eran a la antigua Ley lo que los herejes son a la Iglesia. Los «perfectos» cátaros (entre otros) eran a un buen número de teólogos lo que es el samaritano de la parábola al sacerdote y al levita. Según eso, ¿qué pensar de aquellos que permitieron su exterminio y apoyaron a Simón de Monfort?

Esta parábola habría debido enseñar a la Iglesia a no excomulgar nunca a cualquiera que practique el amor al prójimo.

16.º No hay, en la medida en que yo puedo verlo, verdadera diferencia —sino en las modalidades de expresión— entre la concepción maniquea y la cristiana de la relación entre el bien y el mal.

17.º El maniqueísmo es una de esas tradiciones en las que se puede tener la seguridad de encontrar la verdad si se estudia con suficiente piedad y atención.

18.º Siendo Noé «una figura de Cristo» (véase Orígenes), un justo perfecto, cuyo sacrificio, siendo del agrado de Dios, salvó a la humanidad, y en cuya persona Dios ha hecho alianza con todos los hombres, su ebriedad y su desnudez deben ser entendidas probablemente en un sentido místico. De ser así, los hebreos habrían deformado la historia, como semitas y asesinos de los cananeos. Cam habría participado en la revelación de Noé; Sem y Jafet se habrían negado a participar en ella.

Un gnóstico citado por Clemente de Alejandría (*Strom.*, VI, 6) afirma que la teología alegórica de Ferécides (maestro de Pitágoras) procede de las «profecías de Cam». Ferécides, que era sirio, decía: «Zeus, en el momento de crear, se transformó en amor...». ¿Sería este Cam el hijo de Noé?

Así lo sugiere la genealogía. De Cam han surgido los egipcios, los filisteos (es decir, los egeocretenses o pelasgos, muy probablemente), los fenicios, los sumerios, los cananeos; dicho de otro modo, toda la civilización mediterránea inmediatamente anterior a los tiempos históricos.

Herodoto, confirmado por numerosos indicios, afirma que los helenos han

tomado todos los conocimientos metafísicos y religiosos de Egipto a través de fenicios y pelasgos.

Sabemos que los babilonios habían tomado sus tradiciones de los sumerios, a los que se remonta en consecuencia la «sabiduría caldea».

(Del mismo modo, el druidismo de la Galia muy probablemente es ibérico y no céltico; pues, según Diógenes Laercio, algunos griegos veían en él uno de los orígenes de la filosofía griega, algo que, de otro modo, sería incompatible con la llegada tardía de los celtas a la Galia).

Ezequiel, en el espléndido pasaje en que compara a Egipto con el árbol de la vida y a Tiro con el querubín que lo guarda, confirma plenamente lo que nos enseña Herodoto.

Parece, pues, que los pueblos surgidos de Cam, y en primer lugar Egipto, han conocido la verdadera religión, la religión del amor, donde Dios es víctima sacrificada al mismo tiempo que señor todopoderoso. Entre los pueblos surgidos de Sem o de Jafet, unos, como los babilonios, los celtas, los helenos, han recibido esta revelación de los pueblos surgidos de Cam después de haberlos conquistado e invadido. Los otros (romanos, hebreos) la han rechazado por orgullo y voluntad de poder nacional. (Entre los hebreos, hay que exceptuar a Daniel, Isaías, el autor del libro de *Job* y algunos otros; entre los romanos, a Marco Aurelio y, en un cierto sentido, quizá a hombres como Plauto y Lucrecio).

Cristo ha nacido en un territorio perteneciente a estos dos pueblos rebeldes. Pero la inspiración que está en el centro de la religión cristiana es hermana de la de los pelasgos, de Egipto o de Cam.

Sin embargo, Israel y Roma han impreso su marca en el cristianismo. Israel haciendo entrar en él el Antiguo Testamento como texto sagrado; Roma haciendo del cristianismo la religión oficial del Imperio, que era algo semejante a lo que Hitler soñaba.

Esta doble mancha casi original explica todas las manchas que convierten la historia de la Iglesia a través de los siglos en algo tan atroz.

Una cosa tan horrible como la crucifixión de Cristo no podía producirse más que en un lugar en el que el mal superara con mucho al bien. Pero también la Iglesia nacida y desarrollada en tal lugar debía ser impura desde el origen y seguir siéndolo.

19.º La Iglesia no es perfectamente pura más que desde un punto de vista: en tanto que conservadora de los sacramentos. Lo que es perfecto no es la Iglesia, es el cuerpo y la sangre de Cristo en los altares.

20.º La Iglesia no parece ser infalible, pues, de hecho, evoluciona. En la Edad Media, la expresión «fuera de la Iglesia no hay salvación» era entendida en su sentido literal por el magisterio general de la Iglesia. Al menos los documentos parecen indicarlo así. Y hoy se entiende en el sentido de la Iglesia invisible.

Un concilio declara anatema a cualquiera que no crea que en las palabras de Cristo «...cualquiera que no sea engendrado de nuevo a partir del agua y del Espíritu...» la palabra agua designa la materia del bautismo. Según esto, todos los sacerdotes actuales son anatemas. Pues si un hombre que no haya deseado el bautismo puede salvarse, como ahora se admite generalmente, ha debido renacer del agua y del Espíritu en un sentido necesariamente simbólico; se toma, pues, la palabra «agua» en un sentido simbólico.

Un concilio declara anatema a cualquiera que pretenda certeza sobre la perseverancia final sin revelación particular. Santa Teresa de Lisieux, poco antes de su muerte, afirmó estar segura de su salvación, sin alegar ninguna revelación. Esto no impidió que fuera canonizada.

Si se pregunta a varios sacerdotes si tal cosa es de fe estricta, se obtienen respuestas diferentes y a menudo dubitativas. Esto da lugar a una situación imposible, cuando el edificio es tan rígido como para que santo Tomás pudiera emitir la afirmación citada más arriba.

En el interior de ese edificio hay algo que no va.

21.º En particular, la creencia de que un hombre puede salvarse fuera de la Iglesia visible exige que se reflexione de nuevo en todos los elementos de la fe, bajo pena de incoherencia completa. Pues todo el edificio está construido alrededor de la afirmación contraria, que casi nadie hoy se atrevería a sostener.

No se ha querido reconocer todavía la necesidad de esta revisión. Se sale por la tangente con artificios miserables. Se ocultan las fracturas con sucedáneos de soldadura, faltos de la más mínima lógica.

Si la Iglesia no reconoce pronto esta necesidad, es de temer que no pueda cumplir su misión.

No hay salvación sin «nuevo nacimiento», sin iluminación interior, sin presencia de Cristo y del Espíritu Santo en el alma. Por tanto, si hay posibilidad de salvación fuera de la Iglesia, hay también posibilidad de revelaciones individuales o colectivas fuera del cristianismo. En tal caso, la verdadera fe constituye una especie de adhesión muy diferente de la que supone creer tal o cual opinión. Es preciso pensar de nuevo la noción de fe.

22.º De hecho, los místicos de casi todas las tradiciones religiosas coinciden casi hasta la identidad. Ellos constituyen la verdad de cada una.

La contemplación practicada en India, Grecia, China, etc., es tan sobrenatural como la de los místicos cristianos. De forma especial, hay una gran afinidad entre Platón y, por ejemplo, san Juan de la Cruz. También el taoísmo está próximo a la mística cristiana.

El orfismo y el pitagorismo eran tradiciones místicas auténticas. Eleusis también.

23.º No hay ninguna razón para suponer que después de un crimen tan atroz como

el asesinato de un ser perfecto, la humanidad haya debido hacerse mejor; y, de hecho, globalmente no parece haberse hecho mejor.

La Redención se coloca en otro plano, en un plano eterno.

De una manera general, no hay razón para establecer un vínculo entre el grado de perfección y la cronología.

El cristianismo ha hecho entrar en el mundo la noción de progreso, desconocida hasta entonces; y esta noción se ha convertido en el veneno del mundo moderno, lo ha descristianizado. Es preciso abandonarla.

Hay que deshacerse de la superstición de la cronología para encontrar la Eternidad.

24.º Los dogmas de la fe no son cosas que deban ser afirmadas, son cosas que deben ser contempladas desde una cierta distancia, con atención, respeto y amor. Es la serpiente de bronce, cuya virtud es tal que cualquiera que la mire vivirá. Esa mirada atenta y amante, por un impacto de retroceso, hace brotar en el alma una fuente de luz que ilumina todos los aspectos de la vida humana en este mundo. Los dogmas pierden esta virtud desde el momento en que se los afirma.

Las proposiciones «Jesucristo es Dios» o «El pan y el vino consagrados son la carne y la sangre de Cristo», enunciados como hechos, no tienen rigurosamente ningún sentido.

El valor de estas propuestas es completamente distinto de la verdad encerrada en el enunciado exacto de un hecho (por ejemplo: «Salazar es jefe del gobierno portugués») o de un teorema geométrico.

Este valor no es, rigurosamente hablando, del orden de la verdad, sino de un orden superior; pues es un valor no aprehensible por la inteligencia, sino indirectamente, por los efectos. Y la verdad, en el sentido estricto, es del dominio de la inteligencia.

25.º Los milagros no son pruebas de fe (proposición considerada anatema por no sé qué concilio).

Si los milagros constituyen pruebas, prueban demasiado. Pues todas las religiones tienen y han tenido sus milagros, incluidas las sectas más extrañas. Piénsese en los muertos resucitados en Luciano. Las tradiciones hindúes están llenas de tales historias, y se dice que todavía hoy, en India, los milagros son acontecimientos sin interés a causa de su banalidad.

Afirmar que los milagros cristianos son los únicos auténticos y todos los demás falsos, o que son los únicos provocados por Dios y todos los demás por el demonio, es un recurso miserable. Pues es una afirmación arbitraria, y desde ese momento los milagros no demuestran nada; ellos mismos tienen necesidad de ser demostrados puesto que reciben de fuera un sello de autenticidad.

Puede decirse otro tanto de las profecías y los mártires.

Cuando Cristo invoca sus «καλα εργα» no hay razón para traducir por «milagros». Se puede también traducir por «buenas obras», «buenas acciones».

Tal como yo lo entiendo, el pensamiento de Cristo era que se le debía reconocer como santo porque hacía perpetua y exclusivamente el bien.

Cristo dijo: «Sin mis obras, no tendrían pecado», pero también, y poniendo las dos cosas en el mismo plano: «Sin mis palabras, no tendrían pecado». Ahora bien, sus palabras no eran de ningún modo milagrosas, solamente bellas.

La noción misma de milagro es occidental y moderna; está ligada a la concepción científica del mundo, con la cual sin embargo es incompatible. Lo que nosotros vemos como milagros, los hindúes lo ven como efectos naturales de poderes excepcionales que se encuentran en pocas personas y con más frecuencia entre los santos. Constituyen, pues, una presunción de santidad.

La palabra «signo» en el Evangelio no quiere decir más. No puede querer decir más. Pues Cristo dijo: «Muchos me dirán: ¿No hemos hecho signos en tu nombre? Y yo les diré: Lejos de aquí, artífices de iniquidad...». Y: «Surgirán falsos profetas y falsos Cristos, y harán signos y prodigios considerables hasta el punto de engañar incluso a los elegidos». El *Apocalipsis* (12, 3-4) parece indicar una muerte y una resurrección del Anticristo.

El *Deuteronomio* dice: «Si un profeta viene a anunciar a un dios nuevo, aunque haga milagros, matadle».

Si los judíos se equivocaron matando a Cristo, no fue por sus milagros, sino por la santidad de su vida y la belleza de sus palabras.

En lo que atañe a la autenticidad histórica de los hechos a los que se llama milagros, no hay motivos suficientes ni para afirmarla ni para negarla categóricamente.

Si se admite su autenticidad, hay varias formas posibles de concebir la naturaleza de estos hechos.

Hay una que es compatible con la concepción científica del mundo. Por eso es preferible. La concepción científica del mundo, bien entendida, no debe estar separada de la verdadera fe. Dios ha creado este universo como un tejido de causas segundas; parece que fuera una impiedad suponer agujeros en este tejido, como si Dios no pudiera llegar a sus fines sin atentar contra su propia obra.

Si se admiten tales agujeros, resulta escandaloso que Dios no haga nada por salvar a los inocentes de la desdicha. La resignación de los inocentes ante la desdicha no puede surgir en el alma más que por la contemplación y la aceptación de la necesidad, que es el encadenamiento riguroso de las causas segundas. De otro modo, se está obligado a recurrir a artificios que equivalen a negar el hecho mismo de la desdicha de los inocentes; y, en consecuencia, a falsear toda inteligencia de la condición humana y el núcleo mismo de la concepción cristiana.

Los hechos llamados milagrosos son compatibles con la concepción científica del mundo si se admite como postulado que una ciencia suficientemente avanzada podría



dar cuenta de ello.

Este postulado no suprime el vínculo de estos hechos con lo sobrenatural.

Un hecho puede estar ligado a lo sobrenatural de tres maneras.

Ciertos hechos pueden ser efectos de lo que se produce en la carne, de la acción del demonio sobre el alma o de la acción de Dios. Así, un hombre llora de dolor físico; a su lado otro llora pensando en Dios con amor puro. En los dos casos hay lágrimas. Esas lágrimas son los efectos de un mecanismo psico-fisiológico. Pero en uno de los dos casos un engranaje de ese mecanismo es sobrenatural; es la caridad. En este sentido, aunque las lágrimas sean un fenómeno tan ordinario, las lágrimas de un santo en estado de contemplación son sobrenaturales.

En este sentido y sólo en éste, los milagros de un santo son sobrenaturales. Lo son al mismo título que todos los efectos materiales de la caridad. Una limosna cumplida por caridad pura es un prodigio tan grande como el caminar sobre las aguas.

Un santo que camina sobre las aguas es de todo punto análogo a un santo que llora. En los dos casos hay un mecanismo psico-fisiológico uno de cuyos engranajes es la caridad —ahí está el prodigio, en que la caridad pueda ser un engranaje de tal mecanismo— y que tiene un efecto visible. El efecto visible es, en un caso, caminar sobre las aguas; en el otro, las lágrimas. El primero es más raro. Es la única diferencia.

¿Hay hechos que la carne sola jamás pueda producir y en los que deba entrar forzosamente como engranaje el amor sobrenatural o el odio demoníaco? ¿Caminar sobre las aguas es uno de ellos?

Es posible. Somos demasiado ignorantes para poder afirmar o negar en esta materia.

¿Hay hechos que ni la carne ni el odio demoníaco puedan producir, y que deban ser forzosamente el resultado de un mecanismo que tenga como engranaje la caridad? Tales hechos serían criterios seguros de santidad.

Los hay, quizá. En eso somos también demasiado ignorantes para poder afirmar o negar. Pero por esa misma razón, si tales hechos existen, no pueden sernos de ninguna utilidad. No pueden servirnos de criterio puesto que no podemos tener ninguna certeza respecto a ellos. Lo que es inseguro no puede servir de base para la seguridad de otra cosa.

La Edad Media estuvo obsesionada por la búsqueda de un criterio material de santidad. Ése es el significado de la búsqueda de la piedra filosofal. La búsqueda del Grial parece incidir en el mismo tema.

La verdadera piedra filosofal, el verdadero Grial, es la Eucaristía. Cristo nos ha indicado lo que debemos pensar de los milagros poniendo en el centro mismo de la Iglesia un milagro invisible y de algún modo puramente convencional (ahora bien, la convención es ratificada por Dios).

Dios quiere quedar oculto. «Vuestro Padre que habita en lo secreto».

Hitler podría morir y resucitar cincuenta veces y para mí no sería el Hijo de Dios.

Si el Evangelio omitiera toda mención de la resurrección de Cristo, la fe me sería más fácil. La Cruz sola me basta.

La prueba, lo verdaderamente milagroso, es para mí la perfecta belleza de los relatos de la Pasión, unida a algunas palabras deslumbrantes de Isaías: «Injuriado, maltratado, no abría la boca» y de san Pablo: «Siendo de condición divina, no se aferró a su categoría de Dios. Se vació... obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz... Fue hecho maldición». Es esto lo que me obliga a creer.

La indiferencia respecto a los milagros no me molestaría, puesto que la Cruz produce sobre mí el mismo efecto que sobre otros la resurrección, sin el anatema lanzado por un concilio.

Por otra parte, si la Iglesia no pone a punto una doctrina satisfactoria sobre los hechos llamados milagrosos, muchas almas se perderán por su culpa por la incompatibilidad aparente entre la religión y la ciencia. Y otros muchos se perderán porque, creyendo que Dios entra frecuentemente en el tejido de las causas segundas para producir hechos particulares con una intención particular, le imputan la responsabilidad de todas las atrocidades en las que él no interviene.

La concepción corriente de los milagros, o bien impide la aceptación incondicional de la voluntad de Dios, o bien obliga a cegarse sobre la cantidad y la naturaleza del mal que existe en el mundo, cosa fácil, evidentemente, en el fondo de un claustro; e incluso en el mundo, en el interior de un medio restringido.

Se observa en muchas almas piadosas e incluso santas una puerilidad deplorable. El libro de *Job* podría no haberse escrito nunca, hasta tal punto es ignorada la condición humana. Para tales almas, no hay más que pecadores, por una parte, y mártires que mueren cantando, por otra. Por eso la fe cristiana no penetra, no se propaga de alma en alma como un incendio.

Por lo demás, si los milagros tuvieran la naturaleza, el significado y el valor que se les atribuye, su escasez actual (a pesar de Lourdes y todo lo demás) podría hacer pensar que la Iglesia apenas participa de Dios. Pues Cristo resucitado ha dicho: «Aquel que ha creído y ha sido bautizado se salvará, aquel que no ha creído se condenará. He aquí los signos que acompañan a los que han creído. En mi nombre, expulsarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, cogerán serpientes; si beben venenos mortales, no les harán daño; impondrán las manos y curarán».

¿Cuántos creyentes hay hoy, según este criterio?

(Felizmente es probable que este texto no sea auténtico. Pero la Vulgata lo admite).

26.º Los misterios de la fe no son un objeto para la inteligencia en tanto que facultad que permite afirmar o negar. No son del orden de la verdad, sino que están por encima de ella. La única parte del alma humana que es capaz de un contacto real con ellos es la facultad de amor sobrenatural. Sólo a consecuencia de ese amor, el alma es capaz de adhesión a esos misterios.

El papel de las otras facultades del alma, comenzando por la inteligencia, es solamente reconocer que aquello con lo que el amor sobrenatural tiene contacto son realidades; que esas realidades son superiores a sus objetos; y hacer silencio cuando el amor sobrenatural se despierta de una manera actual en el alma.

La virtud de la caridad es el ejercicio de la facultad del amor sobrenatural. La virtud de la fe es la subordinación de todas las facultades del alma a la facultad del amor sobrenatural. La virtud de la esperanza es una orientación del alma hacia una transformación en virtud de la Cual pasará a ser íntegra y exclusivamente amor.

Para subordinarse a la facultad del amor, las demás facultades deben encontrar ahí cada una su bien propio; y particularmente la inteligencia, que es la más valiosa después del amor. Así es, en realidad.

Cuando la inteligencia, habiendo hecho silencio para dejar que el amor invada toda el alma, comienza de nuevo a ejercerse, se descubre conteniendo más luz que antes, más aptitud para captar los objetos, las verdades que le son propias.

Más aún, creo que estos silencios constituyen una educación que no puede tener ningún otro equivalente y le permiten captar verdades que de otro modo quedarían para siempre ocultas para ella.

Hay verdades que están a su alcance, que son aprehensibles por ella, pero que no puede captar más que después de haber pasado en silencio a través de lo ininteligible.

¿No es lo que quiere decir san Juan de la Cruz al hablar de la noche, refiriéndose a la fe?

La inteligencia no puede reconocer más que por experiencia, *a posteriori*, las ventajas de esta subordinación al amor. No las presiente de antemano. No tiene, en principio, ningún motivo razonable para aceptar esta subordinación. Así, esta subordinación es algo sobrenatural, operada sólo por Dios.

El primer silencio, que dura apenas un instante, que se produce a través de toda el alma en favor del amor sobrenatural, es el grano arrojado por el sembrador, el grano de mostaza casi invisible que se convertirá un día en el Árbol de la Cruz.

Del mismo modo, cuando se presta perfecta atención a una música perfectamente bella (y lo mismo en cuanto a la arquitectura, la pintura, etc.), la inteligencia no encuentra ahí nada que afirmar o negar. Pero todas las facultades del alma, incluida la inteligencia, hacen silencio y quedan suspendidas de la audición. La audición es aplicada a un objeto incomprensible, pero que encierra realidad y bien. Y la inteligencia, que no capta ninguna verdad, encuentra sin embargo ahí un alimento.

Creo que el misterio de la belleza en la naturaleza y en las artes (solamente en el arte de primer orden, perfecto o casi perfecto) es un reflejo sensible del misterio de la fe.

27.º Se debe a las precisiones con que la Iglesia ha creído deber rodear los misterios de la fe, y especialmente a sus condenas (*...anathema sit*), una actitud permanente e incondicional de atención respetuosa, pero no una adhesión.

Y se debe igualmente una atención respetuosa a las opiniones condenadas, por poco que su contenido, o la vida de quienes las han propuesto, contenga alguna apariencia de bien.

La adhesión de la inteligencia nunca se debe a alguna cosa concreta. Pues no es en grado alguno algo voluntario. Sólo la atención es voluntaria. Así pues, sólo ella es materia de obligación.

Si se quiere provocar en uno mismo, voluntariamente, una adhesión de la inteligencia, lo que se produce no es una adhesión, sino una sugestión. Esto es lo que lleva consigo el método de Pascal. Nada degrada más a la fe. Y se produce forzosamente tarde o temprano un fenómeno de compensación en forma de dudas y de «tentaciones contra la fe».

Nada ha contribuido más a debilitar la fe y a propagar la incredulidad que la falsa concepción de una obligación de la inteligencia. Toda obligación distinta a la propia atención impuesta a la inteligencia en el ejercicio de su función asfixia al alma. Al alma en su totalidad y no sólo a la inteligencia.

28.º La jurisdicción de la Iglesia en materia de fe es positiva en la medida en que impone a la inteligencia una cierta disciplina de la atención. También en la medida en que le impide entrar en el dominio de los misterios, que le es extraño, y divagar en él.

Es completamente negativa cuando impide a la inteligencia, en la investigación de las verdades que le son propias, usar con libertad total la luz difundida en el alma por la contemplación amorosa. La libertad total en su dominio es esencial para la inteligencia. La inteligencia debe ejercerse con libertad total, o guardar silencio. En su dominio, la Iglesia no tiene ningún derecho de jurisdicción y, en consecuencia y de forma especial, todas las «definiciones» en las que se habla de *pruebas* son ilegítimas.

En la medida en que «Dios existe» es una proposición intelectual —pero *solamente* en esta medida— se la puede negar sin cometer ningún pecado contra la caridad ni contra la fe. (E incluso esta negación, hecha a título provisional, es una etapa necesaria en la investigación filosófica).

De hecho, hay desde el comienzo, o casi desde el comienzo, un malestar de la inteligencia en el cristianismo. Este malestar es debido a la forma en que la Iglesia ha concebido su poder de jurisdicción y especialmente al uso de la fórmula *anathema sit*.

Allí donde la inteligencia se siente a disgusto, hay opresión del individuo por el hecho social, que tiende a devenir totalitario. En el siglo XIII sobre todo, la Iglesia estableció un comienzo de totalitarismo. A partir de ahí, no carece de responsabilidad en los acontecimientos actuales.

Los partidos totalitarios se han formado por efecto de un mecanismo análogo al uso de la fórmula *anathema sit*.

Esta fórmula y el uso que de ella se ha hecho impiden a la Iglesia ser católica de

otro modo que el meramente nominal.

29.º Antes que el cristianismo, un número indeterminado de hombres, dentro y fuera de Israel, han ido quizá más lejos que los santos cristianos en el amor y el conocimiento de Dios.

Lo mismo ocurre desde los tiempos de Cristo con la parte de la humanidad situada fuera de la Iglesia católica («infiel», «herético», «increyente»). Y, más en general, es dudoso que haya habido desde Cristo más amor y conocimiento de Dios en el cristianismo que en ciertos países no cristianos, como la India.

30.º Es muy *probable* que el destino eterno de dos niños fallecidos algunos días después del nacimiento, uno bautizado y otro no, sea idéntico (aun cuando los padres del segundo no hubieran tenido ninguna intención de bautizarlo).

31.º Entre todos los libros del Antiguo Testamento, solamente un pequeño número (*Isaías, Job, el Cantar de los Cantares, Daniel, Tobías, una parte de Ezequiel, una parte de los Salmos, una parte de los libros sapienciales, el comienzo del Génesis...*) es asimilable por un alma cristiana; y algunas fórmulas esparcidas a través de los otros. El resto es indigerible, porque falta en ellos una verdad esencial, que está en el centro del cristianismo, y que los griegos conocían perfectamente; a saber, la posibilidad de la desdicha de los inocentes.

A los ojos de los hebreos (al menos antes del exilio, y salvo excepciones) pecado y desdicha, virtud y prosperidad son inseparables, lo que hace de Yahvé un padre terrenal, y no celestial, visible y no oculto. Es, pues, un falso Dios. Un acto de caridad pura es imposible con esta concepción.

32.º Se podría plantear como postulado:

Es falsa toda concepción de Dios incompatible con un movimiento de caridad pura.

Son verdaderas en grados diversos todas las demás.

El amor y el conocimiento de Dios no son realmente separables, pues se dice en el Eclesiástico: «*Praebuit sapientiam diligentibus se*»<sup>[2]</sup>.

33.º La historia de la creación y del pecado original en el Génesis es verdadera. Pero otras historias de la creación y del pecado original en otras tradiciones son igualmente verdaderas y encierran también verdades de valor incomparable.

Son reflejos diversos de una verdad única intraducible en palabras humanas. Se la puede sentir a través de uno de esos reflejos. Se la presente mejor todavía a través de varios.

(Especialmente el folclore, bien interpretado, encierra tesoros de espiritualidad).

34.º Probablemente la Iglesia no ha cumplido perfectamente su misión de

conservadora de la doctrina. Ni muchísimo menos. No solamente porque ha añadido precisiones, restricciones y prohibiciones quizá abusivas, sino también porque casi con seguridad ha perdido ciertos tesoros.

Quedan como testimonio de ello pasajes del Nuevo Testamento, admirablemente hermosos, pero hoy completamente incomprensibles, y que no siempre debieron serlo:

—En primer lugar, casi todo el *Apocalipsis*.

—El pasaje de san Juan: «...Cristo que ha venido a través del agua y la sangre. No del agua solamente, sino del agua y la sangre. Los tres dan testimonio, el espíritu, el agua y la sangre, y los tres se remiten a la unidad». La insistencia del mismo san Juan sobre el agua y la sangre que manaron del costado de Cristo.

—La entrevista con Nicodemo también es muy misteriosa.

—San Pablo: «Que estéis enraizados y fundados en el amor, para tener la fuerza de captar, como hacen todos los santos, lo que son la longitud, la anchura, la altura y la profundidad, y conocer lo que supera todo conocimiento, el amor de Cristo». Ya Orígenes, separado por tan poco tiempo de San Pablo, comenta este hermoso pasaje de la manera más llana.

—El pasaje de san Pablo sobre Melquisedec «...sin Padre, sin madre, sin genealogía, sacerdote para la eternidad, asemejado al Hijo de Dios».

—La doctrina de la resurrección de la carne. La carne viva que debe perecer, la «carne espiritual» (πνευματικε: ¿habría que pensar en la teoría pitagórica del «pneuma» contenido en la simiente?), que es eterna. La relación entre esta doctrina y la importancia concedida a la castidad («Todo pecado cometido por el hombre es exterior al cuerpo; el fornicador peca contra su propio cuerpo». «El alimento es para el vientre y el vientre para el alimento. Dios destruirá lo uno y lo otro. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo»). (¿Cuál es aquí el sentido de la palabra «cuerpo», tan singularmente opuesto a «vientre»?)

El estudio de las doctrinas hindúes proyecta ahí una luz mucho más viva que cualquier otro texto cristiano que yo conozca. Los cristianos jamás han dicho, que yo sepa, *por qué* la castidad (y especialmente la virginidad) tiene un valor espiritual. Es una grave laguna, que aleja de Cristo a muchas almas.

—La relación de la doctrina de la Redención, en la que el hombre es el fin (y que, como señalaba muy bien Abelardo, es completamente ininteligible), y la doctrina en apariencia contraria indicada por las palabras «Dios ha querido dar a su Hijo muchos hermanos» (habríamos sido creados entonces a *causa* de la Encarnación).

—La relación misteriosa entre la Ley y el pecado expresada por san Pablo de una manera a veces tan extraña. Ahí también el pensamiento hindú proporciona a veces un poco de luz.

—La insistencia en repetir expresiones como «colgado del madero», «hecho maldición». Ahí hay algo perdido sin remedio.

—La extraordinaria violencia de Cristo contra los fariseos, representantes del más

puro espíritu de Israel. La hipocresía, la estrechez y la corrupción, vicios comunes a toda clase de clero a causa de la debilidad humana, no explican esta violencia. Y unas palabras que suenan misteriosas indican que había otra cosa: «Habéis robado la llave del conocimiento».

Los pitagóricos llamaban «llave» a la mediación entre Dios y la creación. También la llamaban armonía.

—Las palabras «Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial», viniendo inmediatamente después de «Vuestro Padre, que está en los Cielos, hace que el sol se levante sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos» implica toda una doctrina que, por lo que yo sé, no está desarrollada en ninguna parte. Pues Cristo cita como rasgo supremo de la justicia de Dios lo que se alega siempre (por ejemplo, *Job*) para acusarle de injusticia, a saber, que favorece indistintamente a los buenos y los malos.

Debía de haber en la enseñanza de Cristo la idea de una cierta virtud de indiferencia, semejante a la que puede encontrarse en el estoicismo griego y el pensamiento hindú.

Estas palabras de Cristo recuerdan el grito supremo de Prometeo: «Cielo por el que para todos la común luz gira...».

(Además, esta luz y este agua tienen también, probablemente, un significado espiritual, es decir, que todos —en Israel y fuera, en la Iglesia y fuera— son *igualmente* inundados por la gracia, bien que la mayor parte la rechacen).

Esto es completamente contrario a la concepción corriente, según la cual Dios envía arbitrariamente más gracia a uno, menos al otro, como un soberano caprichoso; y esto bajo el pretexto de que no tiene por qué darla. Pero Dios debe, por su propia bondad infinita, conceder a cada criatura la plenitud del bien. Hay que pensar que él distribuye continuamente a cada uno la plenitud de la gracia, pero se la acepta en distinta medida. En materia puramente espiritual, Dios satisface todos los deseos. Aquellos que tienen menos han pedido menos.

—El hecho mismo de haber traducido «Logos» por «Verbo» indica que algo se ha perdido, pues λογος quiere decir ante todo relación, y es sinónimo de αριθμός, número, en Platón y los pitagóricos. Relación, es decir, proporción. Proporción, es decir, armonía. Armonía, es decir, mediación. Yo traduciría: al comienzo estaba la mediación.

(Todo el comienzo del Evangelio de san Juan es muy oscuro. La frase «Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo» contradice absolutamente la doctrina católica del bautismo. Pues, desde ese momento, el Verbo habita en secreto en todo hombre, bautizado o no; no es el bautismo lo que la hace entrar en el alma).

Se podrían citar muchos otros pasajes.

De un lado, la incomprensión de una parte de los discípulos, incluso después de Pentecostés (probada por el episodio de Pedro y Cornelio); de otro, las matanzas

causadas por la persecución explican esta insuficiencia en la transmisión. Puede ser que hacia el comienzo del siglo II todos los que habían comprendido, o casi todos, habían sido matados.

La liturgia también contiene palabras de resonancias misteriosas.

—*Quaerens me sedisti lassus*<sup>[3]</sup> debe tener relación con algo distinto del episodio de la samaritana en san Juan. La comparación de estas palabras con el tema de una gran cantidad de relatos del folclore los ilumina con una viva claridad.

La idea de una búsqueda del hombre por parte de Dios es de un esplendor y una profundidad insondables. Hay decadencia cuando se la reemplaza por la idea de una búsqueda de Dios por parte del hombre.

—*Beata (arbor) cujus brachiis — Pretium pependit saeculi — Statera facta corporis. — Tulitque praedam Tartari*<sup>[4]</sup>.

El símbolo de la balanza es de una profundidad maravillosa. La balanza jugaba un importante papel en el pensamiento egipcio. Cuando Cristo murió, el sol estaba en la constelación de Aries y la luna en Libra. Éste signo era llamado «las pinzas de Cáncer». Los escritores sólo empiezan a darle el nombre de «Libra» poco tiempo antes de la era cristiana (un mes antes, el sol estaba en Piscis y la luna en Virgo; cf. el significado simbólico de Piscis I.X.Θ.Y.Σ).

Si se piensa en esta metáfora, la frase de Arquímedes «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo» puede ser contemplada como una profecía. El punto de apoyo es la Cruz, intersección del tiempo y la eternidad.

—*Sicut sidus radium / profert Virgo filium / pari forma. / Neque sidus radio / neque mater filio / fit corrupta*<sup>[5]</sup>. Estos versos tienen unas muy extrañas resonancias.

Y la estrofa precedente (*Sol occasum nesciens / stella semper rutilans / semper clara*<sup>[6]</sup>) resulta extraordinaria si se la compara con un cuento de los indios de América donde el sol, enamorado de la hija de un jefe que ha rechazado a todos los pretendientes, desciende a la tierra como un muchacho enfermo, casi ciego, de sórdida pobreza. Le acompaña una estrella que se encarna como una miserable vieja, abuela del muchacho. El jefe propone unas difíciles pruebas para quienes aspiran a la mano de su hija; el miserable muchacho, aunque enfermo y acostado en su colchón, es contra toda previsión el único en superarlas. La hija del jefe va a su casa como esposa, a pesar de su repugnancia, por fidelidad a la palabra de su padre. El desdichado muchacho se transforma en un príncipe maravilloso y transforma a su esposa haciendo de oro sus cabellos y vestiduras.

No se podría sin embargo atribuir este cuento a una influencia cristiana, parece...

—En la liturgia de los días santos, las palabras *ipse lignum tunc notavit, damna ligni ut solveret [...] arbor una nobilis: nulla silva talem profert, fronde, flore, germine*<sup>[7]</sup> tienen también un sentido extraño. Estas palabras son espléndidas; a ellas ha debido referirse todo un simbolismo hoy perdido. Por otra parte, toda la liturgia de la Semana Santa tiene, por decirlo así, un alucinante perfume de antigüedad.

—La leyenda del Grial indica una combinación hoy ininteligible, operada sin



duda en el curso de los años que siguieron a la muerte de Cristo, aunque los poemas datan del siglo XII, entre el druidismo y el cristianismo.

Hay que subrayar que la Iglesia no ha condenado nunca los poemas sobre el Grial, a pesar de la mezcla evidente de cristianismo con una tradición no cristiana.

Casi inmediatamente después de la Pasión, Herodes fue obligado a residir en Lyon, acompañado de una numerosa corte en la que debía de haber cristianos. (¿Quizá José de Arimatea?). Los druidas fueron exterminados por Claudio algunos años más tarde.

—Las *dionisiacas* de Nonnos, poema de un egipcio probablemente cristiano del siglo VI, pero donde sólo se habla de dioses griegos y astrología, y que presenta semejanzas muy singulares con el *Apocalipsis*, han debido estar inspiradas por una combinación del mismo tipo.

(N. B. Se trata de un rey Licurgo, ya citado en Homero, que atacó a traición a Dioniso desarmado y le obligó a refugiarse *en el fondo del Mar Rojo*. Era rey de los árabes que están al sur del monte Carmelo. A juzgar por la geografía, difícilmente puede tratarse de Israel. Si se admite que Israel era considerado por los antiguos como un pueblo maldito por haber negado la noción de un Dios mediador, sufriente y redentor, revelado a Egipto, se comprenderá lo que de otro modo es inexplicable: a saber, que Herodoto, tan ávido de todas las curiosidades de orden religioso, jamás hablara de Israel. Hay que subrayar que Israel estaba predestinado a ser la cuna de Cristo, pero también a asesinarlo. Según numerosos testimonios, Dioniso es el mismo Dios que Osiris. Si tuviéramos la versión egipcia de la historia de Moisés, quizá tendríamos sorpresas...).

—El poema *La runa de Odín*, citado anteriormente, si no es anterior a todo contacto con el cristianismo, sería el resultado de una mezcla análoga. Esto no sería menos extraordinario.

¿Quizá hubo al principio apóstoles de Cristo que entendieron las palabras «id a enseñar a las naciones» en la forma que yo creo correcta?

35.º La comprensión del cristianismo se torna imposible para nosotros por el profundo misterio que recubre la historia de los primeros tiempos.

Este misterio afecta, en primer lugar, a las relaciones del cristianismo, por una parte con Israel, y por otra con las tradiciones religiosas de las *gentes*.

Es extremadamente improbable que no haya habido en los comienzos ensayos de sincretismo análogos a aquellos que pensaba Nicolás de Cusa. Ahora bien, no hay ninguna huella de condena por parte de la Iglesia contra tales ensayos. (Por otra parte, tampoco Nicolás de Cusa ha sido condenado). Y sin embargo todo ha ocurrido de hecho como si hubieran sido condenados.

Al lado de las necedades de Clemente de Alejandría —que ni siquiera sabía ya de los estrechos vínculos que unen a la filosofía griega clásica con la religión de los Misterios— debió haber otros que vieron en la Buena Nueva la coronación de esta

religión. ¿Qué ha ocurrido con sus obras?

Porfirio decía que Orígenes había interpretado simbólicamente las Escrituras de Israel sirviéndose de los libros secretos de los pitagóricos y los estoicos. Sin embargo, cuando Orígenes habla de la filosofía griega, es con la pretensión de refutarla. ¿Por qué? ¿Porque representa la competencia? ¿O por otra razón? ¿Quería ocultar su deuda hacia ella? ¿Y por qué?

Ese pasaje de Porfirio revela claramente que los Misterios estaban enteramente contruidos de alegorías.

Eusebio cita ese pasaje y trata a Porfirio de mentiroso por haber dicho que Orígenes empezó por «helenizar». Pero no niega el resto.

Eusebio cita también una carta más que extraña del obispo Melito a Marco Aurelio, escrita en un tono muy amistoso. (*Hist.* IV, 26). «Nuestra filosofía se ha desarrollado primero entre los bárbaros, pero su florecimiento ha tenido lugar entre tus pueblos (τοις σοις εθνεσιν) bajo el gran reinado de Augusto».

Estos «bárbaros» no pueden ser más que los hebreos. Pero ¿qué significa el resto de la frase?

Augusto murió el año 14 de nuestra era. Cristo era un adolescente. El cristianismo no existía.

¿«Nuestra filosofía» querría decir nuestro «Logos», Cristo? ¿Ha tenido su florecimiento (es decir, su juventud) entre las *gentes* en Grecia o en Italia?

Añade este obispo: «La mejor prueba de que nuestro “logos” ha crecido al mismo tiempo que el hermoso comienzo del Imperio para el bien, es que no ha sufrido ninguna humillación de la autoridad de Augusto, sino al contrario, todo esplendor y toda gloria conforme a los deseos de todos».

Se habla siempre de la «vida oculta en Nazaret». Ahora bien, se olvida que, si bien es cierto que esa vida está oculta, se ignora rigurosamente si se desarrolló realmente en Nazaret.

He aquí todo lo que se sabe de la vida de Cristo, según el Evangelio, antes del bautismo de Juan.

Nació en Belén. Siendo todavía muy pequeño, fue llevado por su familia a Egipto. Se quedó allí por un tiempo indeterminado. (José volvió después de la muerte de Herodes, pero nada nos dice que fuera inmediatamente después; pudieron pasar años). A los doce años pasó las fiestas de la Pascua en Jerusalén. Sus padres estaban entonces instalados en Nazaret. (Es extraño que Lucas no mencione la huida a Egipto). A los treinta años fue bautizado por Juan. Y esto es rigurosamente todo lo que sabemos.

Es ése un misterio realmente singular.

Un tercer misterio es el de las relaciones del cristianismo con el Imperio. Tiberio quería incluir a Cristo en el Panteón y se negó inicialmente a perseguir a los cristianos. Cambió de actitud después. Pisón, hijo adoptivo de Galba, era probablemente de familia cristiana (cf. los trabajos de M. Hermann). ¿Cómo explicar

que hombres como Trajano y sobre todo Marco Aurelio hayan perseguido tan implacablemente a los cristianos?

Sin embargo, Dante pone a Trajano en el Paraíso... Por el contrario, Commodo y otros emperadores malvados más bien les favorecieron. ¿Y cómo posteriormente el Imperio adoptó el cristianismo como religión oficial? ¿En qué condiciones? ¿Qué degradaciones debió sufrir a cambio? ¿Cómo se realizó esta colusión entre la Iglesia de Cristo y la Bestia? Pues la Bestia del *Apocalipsis* es casi con seguridad el Imperio.

El Imperio romano era un régimen totalitario y groseramente materialista, basado en la adoración exclusiva del Estado, como el nazismo. Una sed de espiritualidad estaba latente entre los desdichados sometidos a aquel régimen. Los emperadores comprendieron desde el comienzo la necesidad de apagarla con una falsa mística, por miedo a que surgiera una mística verdadera y lo trastocara todo.

Hubo una tentativa de trasladar a Roma los Misterios de Eleusis. Estos Misterios habían perdido casi con certeza —indicios claros así lo demuestran— todo contenido auténtico. Las matanzas atroces que se habían desarrollado tan a menudo en Grecia y especialmente en Atenas, desde la conquista romana e incluso antes, bien pudieron dejar su huella en la transmisión; los Misterios fueron quizá reelaborados por iniciados del primer grado. Esto explicaría el desprecio con el que Clemente de Alejandría habla de ellos, aunque él bien pudiera haber sido un iniciado. Sin embargo, la tentativa de transferencia fracasó.

Por el contrario, los druidas y los seguidores del culto secreto de Dioniso fueron exterminados, los pitagóricos y todos los filósofos fueron implacablemente perseguidos, se prohibieron los cultos egipcios y los cristianos fueron tratados de la forma conocida.

El pulular de los cultos orientales en Roma en esa época recuerda el de las sectas de tipo teosófico en la actualidad. En la medida en que se pueda dar cuenta de ello, tanto en un caso como en otro, no se trataba de un producto auténtico, sino de fabricaciones destinadas a *snoobs*.

Los Antoninos son como un oasis en la historia atroz del Imperio romano. ¿Cómo pudieron perseguir a los cristianos?

Cabría preguntarse si a causa de su vida subterránea no pudieron introducirse entre los cristianos elementos realmente criminales.

Sobre todo es preciso tener en cuenta el espíritu apocalíptico que los animaba. La espera del inminente advenimiento del Reino los exaltaba y los afirmaba en los actos de heroísmo más extraordinarios, como ocurre hoy con los comunistas a la espera de la revolución cercana. Debe haber mucha semejanza entre estas dos psicologías.

Pero, también en ambos casos, ese tipo de espera es un gran peligro social.

Los historiadores antiguos relatan numerosas historias de ciudades en las que, a continuación de una medida de liberación de esclavos adoptada por un tirano por el motivo que fuese, los amos no conseguían hacerse obedecer por los que quedaban.

La esclavitud era un estado tan violento que sólo era soportable por almas

aplastadas por una ausencia total de esperanza. En cuanto un destello de esperanza surgía, la desobediencia se hacía endémica.

¿Qué efecto no debía producir la esperanza encerrada en la Buena Noticia? La Buena Noticia no era solamente la Redención, sino más todavía la casi certeza de la inminente llegada a este mundo del Cristo glorioso.

En san Pablo, por una recomendación de dulzura y justicia dirigida a los amos, hay quizá diez dirigidas a los esclavos, ordenándoles trabajar y obedecer. Se puede realmente explicar esto por un remanente de prejuicios sociales que seguían existiendo en él a pesar del cristianismo. Pero muy probablemente era mucho más fácil inducir a los amos cristianos a la dulzura que a los esclavos cristianos, embriagados por la espera del día supremo, a la obediencia.

Marco Aurelio desaprobaba quizá la esclavitud; pues es falso que la filosofía griega, salvo Aristóteles, haya hecho apología de esta institución. Según testimonio de Aristóteles, algunos filósofos la condenaban como «absolutamente contraria a la naturaleza y a la razón». Platón, en el *Político*, no concibe su uso legítimo más que en materia criminal, como es el caso entre nosotros con la prisión y los trabajos forzados.

Pero Marco Aurelio tenía por oficio ante todo conservar el orden. Se lo repetía a sí mismo amargamente.

Los católicos justifican fácilmente las matanzas de herejes por el peligro social inherente a la herejía. No se les ocurre pensar que las persecuciones de los cristianos en los primeros siglos sean susceptibles de la misma justificación, con al menos la misma razón. Mucha más, sin duda, pues ninguna herejía contenía una idea tan revolucionaria como la casi certeza en la espera del advenimiento próximo del Cristo Rey.

Es seguro que una ola de desobediencia entre los esclavos del Imperio habría hecho hundirse todo el edificio en medio de terribles desórdenes.

En tiempos de Constantino, la espera apocalíptica debía ser considerablemente utilizada. Por otra parte, las matanzas de cristianos, al obstaculizar la transmisión de la doctrina más profunda, quizá —e incluso probablemente— pudo vaciar al cristianismo de una gran parte de su contenido espiritual.

Constantino pudo conseguir con el cristianismo lo que Claudio no había conseguido con Eleusis.

Pero no se ajustaba al interés ni a la dignidad del Imperio que su religión oficial apareciera como la continuación y la coronación de las tradiciones seculares de los países conquistados, aplastados y degradados por Roma: Egipto, Grecia, Galia. Para Israel esto no tenía importancia; en primer lugar, la nueva ley estaba muy lejos de la antigua; y además, y sobre todo, Jerusalén ya no existía. Por lo demás, el espíritu de la antigua ley, tan alejada de toda mística, no era tan diferente del espíritu romano. Roma podía acomodarse al Dios de los Ejércitos.

Incluso el espíritu nacionalista judío, al impedir desde el principio que muchos

cristianos reconocieran la afinidad del cristianismo con la espiritualidad auténtica de las *gentes*, era para Roma un elemento favorable al cristianismo. Este espíritu, cosa extraña, se había comunicado incluso a «paganos» convertidos.

Roma, como todo país colonizador, había desenraizado moral y espiritualmente a los países conquistados. Ése es siempre el efecto de la conquista colonizadora. No se trataba de devolverles sus raíces. Había que desenraizarlos todavía un poco más.

(Hay que señalar, como confirmación, que la única profecía pagana que jamás ha sido mencionada por la Iglesia es la de la Sibila, profecía de la que la tradición romana se había apropiado —por lo demás, que haya habido realmente una espera mesiánica en Roma, muy semejante a la de Judea e igualmente carnal, es algo que muestra con claridad la cuarta égloga).

El cristianismo, sometido a la influencia combinada de Israel y de Roma, consiguió en ese aspecto brillantes éxitos. Todavía hoy, allí donde hay misioneros portadores del mensaje cristiano, se da la misma acción de desarraigo.

Todo esto es un tejido de suposiciones, claro está.

Pero hay una casi certeza: que se ha pretendido ocultarnos algo; y se ha conseguido. No se debe al azar que hayan desaparecido tantos textos, que haya tantas tinieblas sobre una parte tan esencial de la historia.

Probablemente, ha habido una destrucción sistemática de documentos.

Platón escapó a ella; ¿en virtud de qué? Pero no tenemos el *Prometeo liberado* de Esquilo, que debía dejar entrever el verdadero significado de la historia de Prometeo, el amor que une Prometeo a Zeus, ya indicado, aunque apenas, en el *Prometeo encadenado*. ¡Y cuántos otros tesoros perdidos!

Los historiadores nos han llegado con grandes lagunas. No queda nada de los gnósticos, y poca cosa de los escritos cristianos de los primeros siglos. Los que no han reconocido el privilegio de Israel han sido suprimidos.

Sin embargo, la Iglesia jamás ha declarado que la tradición judeocristiana sea la única en poseer Escrituras reveladas, sacramentos, conocimiento sobrenatural de Dios. Jamás ha declarado que no haya ninguna afinidad entre el cristianismo y las tradiciones místicas de otros países aparte de Israel. ¿Por qué? ¿No será porque el Espíritu Santo la ha preservado, a pesar de todo, de una mentira?

Estos problemas son hoy *de una importancia capital, urgente y práctica*. Pues como toda la vida profana de nuestros países viene directamente de civilizaciones «paganas», mientras subsista la ilusión de un corte entre el llamado paganismo y el cristianismo, éste no será encarnado, no impregnará toda la vida profana como debiera, quedará separado y, en consecuencia, no activo.

¡Cuánto cambiaría nuestra vida si se viera que la geometría griega y la fe cristiana han brotado de la misma fuente!



SIMONE WEIL (1909 - 1943) nace en París, de familia judía, intelectual y laica: su padre era un médico famoso y su hermano mayor, André, es un matemático brillante y precoz.

En su adolescencia estudia intensamente filosofía y literatura clásica. A los 19 años ingresa, con la calificación más alta (seguida por Simone de Beauvoir) a la Ecole Normale Supérieure, se gradúa a los 22 y comienza su carrera docente.

Sus estudios apasionados —y críticos— de la doctrina marxista le acarrearán notoriedad, y a los 23 años es “transferida” del liceo por encabezar a una demostración de obreros desempleados. Un diario conservador la apoda «la virgen roja», por su extraña combinación de preocupaciones por la situación social y por la pureza y la verdad. No tiene, sin embargo, convicciones religiosas. Las disputas con los superiores de los liceos se suceden, por cuestiones políticas y metodología docente. Conoce a Trotsky, con quien discute sobre la situación rusa, Stalin, y la doctrina marxista.

A los 25 años pide una licencia y va a trabajar durante más de un año, junto a los obreros, como operaria manual en varias fábricas (Renault) («Allí recibí la marca del esclavo»). Se acrecientan sus sufrimientos físicos (sinusitis crónica), y sus padres la llevan a Portugal, en unas breves vacaciones, para intentar recuperar su salud perdida. Allí presencia una procesión católica popular, en una aldea pobre, una noche a orillas del mar; «tuve de pronto la certeza de que el cristianismo es por excelencia la religión de los esclavos, que los esclavos no podían dejar de seguirla... y yo entre ellos».

Después de un breve retorno a la docencia, en 1936 participa en la Guerra Civil Española, junto a grupos anarquistas. Un accidente la obliga a volver a Francia. De la guerra, le queda el sentimiento de horror por la brutalidad y el desprecio por la verdad y el bien, por ambas partes; y, posteriormente, la amistad con otro escritor francés, Georges Bernanos, que había participado en el otro bando. En 1937 visita Italia, y en una capilla de Asís se siente impulsada a arrodillarse, por primera vez en su vida.

Su salud empeora, tiene dolores de cabezas agudos y continuos. En la pascua de 1938 asiste a los oficios religiosos en la abadía de Solesmes. El cristianismo ocupa un lugar preponderante en sus pensamientos; tiene alguna experiencia mística, a la que prefiere resistir; se niega a rezar, o a considerar siquiera “la cuestión del bautismo”. Encuentra resonancias cristianas en Homero, Platón, el Bhagavat-Gita.

Es el año 1940, Hitler está en su apogeo y su condición de judía comienza a ocasionarle problemas.

En Marsella, a los 31 años, conoce al sacerdote dominico J. Perrin, quien la ayuda a encontrar trabajo manual en la granja de Gustave Thibon, escritor católico (junio de 1941). Con el P. Perrin se plantea el tema de su bautismo, pero, a pesar del aliento del sacerdote, Simone se resiste. Sus razones y sus dudas, expuestas en cartas y notas, aparecerán más tarde en los libros *A la espera de Dios* y *Carta a un religioso*. Con Thibon, pese a un comienzo difícil, («los primeros contactos fueron penosos, no coincidíamos en casi nada... yo tenía que armarme de paciencia y cortesía», dirá él más tarde), se entabla una amistad breve, pero importante: a él confiará ella sus libros de notas, antes de partir, en mayo de 1942, a Nueva York con su familia. Thibon, por su parte, será uno de sus más fervientes admiradores («nunca he dejado de creer en ella»... «no he encontrado jamás en un ser humano semejante familiaridad con los misterios religiosos; jamás la palabra sobrenatural me ha parecido tan llena de sentido como a su contacto») y quien, a su muerte, editará una compilación de sus notas, bajo el título *La gravedad y la gracia*. Este libro, junto con *A la espera de Dios*, son sus obras más notables.

Simone, una vez en Nueva York, trata de unirse al movimiento de la resistencia: viaja a Londres e intenta ingresar a Francia como combatiente, pero sólo logra un puesto en la organización Francia Libre, donde redacta informes. En abril de 1943 se le diagnostica tuberculosis. En el hospital, se niega a consumir los alimentos que su estado requerían, y muere el 24 de agosto, a los 34 años. Es sepultada en Kent.

En esos momentos, es prácticamente desconocida. Pocos rastros quedan de su limitada notoriedad en la década del 30, como intelectual de izquierda. No ha publicado ningún libro y se ha mantenido apartada de los círculos literarios. Al fin de la guerra, sus amigos comienzan a editar sus escritos; además de los nombrados, se destacan *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, escrito en

1934, notabilísima muestra de su evaluación del marxismo y su filosofía política general, de la que nunca se retractó; *Las raíces del existir*, y *La fuente griega* son otras de sus obras. Desde entonces, Simone Weil ha atraído la atención de muchísimos literatos, filósofos, teólogos y sociólogos. Intelectuales como Albert Camus y T. S. Eliot le profesan una enorme admiración. Su lucidez, honestidad intelectual y desnudez espiritual constituyen una combinación rara, e inolvidable para todos los lectores, de diversas tendencias de pensamiento, que han se han alimentado de su obra.



# Notas

[1] El Antiguo Testamento. <<

[2] «Dispensó sabiduría a los que le aman», Eclo 1,10. <<

[3] «Te sentaste cansado, buscándome» (Himno de laudes de la Semana XXXIV). <<

[4] «Dichosa en cuyos brazos enclavado / De los siglos el precio está pendiente, / Hecha peso del cuerpo juntamente / Quitando a los abismos lo robado» (Cántico de la liturgia de Viernes Santo). <<

[5] «Como el astro emite el rayo de luz / Así la Virgen da a luz el hijo / De igual forma. / Ni el astro mancilla el rayo / Ni la madre empaña al hijo». <<

[6] «Sol que desconoce el ocaso / Estrella siempre rutilante, siempre fúlgida». <<

[7] «Un árbol señaló que el desempeño / Fuese del grave daño de otro leño [...] Árbol el más noble y señalado / Entre cuantos la selva ha producido, / En hoja, flor y fruto...» (Cántico de la liturgia de Viernes Santo). <<